

Editorial Prensa Española



VICTOR DE LA SERNA
NUEVO VIAJE DE ESPAÑA
La vía del calatraveño

Ensayo preliminar de EUGENIO MONTES

Colección: LIBROS PARA SIEMPRE

Director: Pedro de Lorenzo



- © Herederos de Víctor de la Serna.
- © Editorial Prensa Española.
Padilla, 6 · Madrid-6.
Depósito legal: M-16863-1976.
I. S. B. N.: 84-287-0394-9.
Capitulares y colofones, BRUFAU.
Ilustraciones: GREGORIO PRIETO.
Cubierta: AL-ANDALUS.

LOS BLASONES DE VÍCTOR

Como la Baila de Ibio, que Víctor, de mozo, contrapunteaba a un cóncavo gemir de caracolas, en Serna retumba una céltica voz: Senara, cuyo eco mis natales montes repiten casi en su originaria pureza y, de no haberle sorbido el viento la ene, aún sonaría tal cual en labios druidas. Es que los gallegos le agradecemos al solano cuantas más consonantes nos sople, porque así nos evita barullos, mas no le consentiríamos que nos birlase una vocal, pues entonces las palabras —¡coitadiñas!— perderían su “fermosa cobertura”, su poesía, su tierna muradana, su terciopelo arropador, mientras a las gentes de tierras duras se les da una friolera que el invierno gótico o el ábrego musulmán se las despellejen de lo lindo, dejándolas, erre que erre y ene que ene, en los huesos, al cierzo de la intemperie incompasiva. Así, en los valles de Bande aún mimamos nuestras “searas”, pero en los páramos de León noches y lobos le aullan a las “senras”, que son “sienras” en Maragatería.

Seneras entre hórreos y pomares donan, en tiempos carolingios, cántabros de gran alcurnia al monasterio que guarda la Vera Cruz. El término —pues entra en la terminología del derecho feudal— pasa con los foramontanos a Castilla, donde el bien hablar elude la horrisona metátesis leonesa, convirtiéndolo en serna, ya apenas doblado el recodo del siglo noveno a la décima centuria. Siempre equivale a tierra labrantía y noble. Tan noble que en los cartularios se desposa con dómniga, con lo que es del señor, aunque por añadidura acabe comprendiendo los

tributos de cuantos deben prestar trabajo en la heredad señorial. Pero para esos tributos, el fuero de Quintanilla, deslindando acepciones, ya tiene un nombre concreto. Les llama obrerizas, dejando así serna en su riguroso sentido aristocrático. A Víctor le hubiera entusiasmado saber que el vocablo obrero nace en nuestro romance asociado a su patronímico, y que el Becerro de las Behetrías ordena darles a esos obreros de la serna "almuerzo, pan e viño". De propina, los abades de Husillos debían, con la hogaza, conceder holganza cada luna nueva. Lo estoy viendo a mi prologado. Lo estoy viendo en el barandal de "La Tarde", cuando el cielo nos traspasa con sus primeras estrellas, deshojar la camelia del novilunio en pétalos de plata, tras compartir con sus obreros el vino y el pan.

Las sernas cántabras tienen, gracias a Dios, límites parvos. Por eso sus señores —ancha es Castilla— nos hicieron, con la Reconquista, la Patria; con la aventura, el Imperio. Bien se lo dice Lope a su Amarilis:

Tiene su silla en la bordada alfombra
de Castilla, el valor de la Montaña
que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España;
allí tuve principio; mas ¿qué importa
nacer laurel y ser humilde caña?
Falta dinero allí, la tierra es corta;
vino mi padre del solar de Vega;
así a los nobles la pobreza exhorta.

Pero si el cielo, con toda su inmensidad, cabe en los ojos tristes de un buey, ¿por qué esos Reales Valles no han de caber entre su cuerna? Y echándole cien hidalgos por vallejo, tocan a roble por estirpe y a barba de maíz por cabeza. Tienen, pues, que salir al Gran Sol, mar de Laredo —y del Persiles—; a esa América de la antigüedad llamada Andalucía, cuyo Río Grande o Río de la Plata, digo Guadalquivir, reconquistó el Almirante Bonifaz a fin de darle al montañés buen pago; o a esas Bética trasatlánticas llamadas Indias y cuyo primer perfil se adelantó a dibujar Juan de la Cosa para que sus paisanos supiesen dónde hacerse encomenderos.

Letras y sangre. Alfonso de la Serna, editor de Favio Dextro, alza en la catedral hispalense el verbal catafalco en las honras

fúnebres por la reina Margarita: monumento de imágenes entre hachones, a cuyo parpadeo columbro al valentón cervantino. Luis de la Serna, bautizado en Santoña en la misma pila románica del cartógrafo colombino, combate en Trafalgar envuelto en llamas —estandarte de leones— y defiende de corsarios la perlera isla Margarita; en fin, virreinando en el Perú, reconoce don José de la Serna, tras Ayacucho, que, pues se sacudían la melena, ya nuestros cachorros andinos podían campar sueltos.

Enlaza esta familia su prosapia con Haces, Barredas y Cuetos, gentes cántabras de pro. Por eso, si aparecía Víctor por sus solares antiguos, toda la Montaña era un revuelo de lambrequines que, desprendiéndose de sus portalones, acudían en cetrería heráldica a recibir al pariente.

Cueto, cabezo o nuca en griego, al llegar por el bajo latín al romance se tornasolea en múltiples matices, a partir de los Picos de Europa, su alto centro de irradiación. Hacia el poniente astur, camino de Galicia, toma un sentido eglógico y labrador: es perno que traba el arco de madera sobre el travesano del yugo. En la Castilla del Medievo, tan jurídica, está a punto de significar solicitud, pues "cuetoso" va por solícito en el Fuero Juzgo; mas como el talante castellano cuanto más derecho más lo lleva todo a punta de lanza, le da al vocablo una significación castrense. Se hace castro, cota defendida. De ahí que "ir al cueto" fuese correr a plantar el banderín en el castillo. Fronteriza entre Castilla y León, digo entre el planeta y la luna, Liébana nombra cueto al peñasco aislado. Así, aquilina sobre la hondonada de Yguña, la casa de los Cueto, en su señera esquividad, en su altanería, se ensoberbece de conservar ese originario sentido montañés. Víctor evocaba con un tanto de gola ese solar de su abuela paterna, esa "casa de los Tiros", de los cuatro cañones que en tan fieles muros empotró el Emperador: "Conociendo la antigüedad deste albergue de grandísima nobleza la Magt. Cesárea del Emperador Carlos V primero dejó aquí estas piezas. Año de 1523". Pero aún le ufanaba más aquel aguilucho que, saliendo de tal nido, se posó orilla al Mar del Sur, a fundar un puerto, que en homenaje a su cántabra aldea hizo llamar Mollado, y hoy los indígenas llaman Mollendo, mestizándolo con una ene quechua. Gran fundador y gran creador ese barbián, de quien tantas señales quedan en la costa del Pacífico: indios de pelo rubio y ojos de porcelana, que los del interior,

en su envidia, denominan "godos". ¡Y cómo le emocionaba a mi prologado, cómo le enternecía que sus "primitos" de allá lejos fuesen apodados así!

Ojos "godos", ya con palomas de amor, ya con altivos gerifaltes, tenía don Ramón de la Serna Cueto, el más galán caballista de todos los Reales Valles, que espoleando ruanos corría hacia Mazcuerras, o bebiendo vientos se llegaba hasta Santander a rondar a la gineta el balcón de Conchita Espina —una Espina que era una Tagle, una Tagle que era pimpollo de rosal.

En la calle de Méndez Núñez, dando al antiguo Muelle de las Naos, pusiera "escritorio" de consignatario don Víctor Espina, hidalgo de las Asturias de Oviedo, que en las de Santillana se hizo armador. Por él le vino al nieto su nombre de pila y media Covadonga de sangre. No se olvide ese lado ovetense, iba a decir ramirense, del autor del "Viaje de España". Como Alfonso I y como don Marcelino, llevaba ambas Asturias en su europeidad.

Ya se iba imponiendo la navegación a vapor, pero aún surcaban los mares bergantines con proa de violín y fragatas como esas con velas escarchadas que en los salones isabelinos nos convidan a románticos viajes desde la clausura de su fanal.

A don Víctor Espina le rebullían las pupilas oteando por el catajejo los tres palos de la última goleta; y se le esmerilaban los cristales de la galería al oír los cinco pitidos con que los capitanes de la Trasatlántica le saludaban a las cinco niñas. Luego, era el gozo de desempaquetar los regalos. Ese tibor chino para las bodas de María; ese abanico de nácares para el primer baile de Ascensión, y ese estuche de tortuga para que Conchita se sueñe en aquella playa de las Antillas donde, ante absortos caribes, Alonso de Ojeda plantó la Cruz. Bueno, y regalos para el propio armador, tan caprichosillo que se hizo traer un reloj de oro cuya esfera en vez de números tenía las letras de su nombre: Víctor Espina. Contad —que él sólo eso contaba—. Las doce en punto, mediodía radiante. Y le hizo recorrer a un piloto en la Rochela todas las casas de música buscándole un flautín de plata, porque era donde le daban mejor son habaneras y guajiras. "Martínez Campos desía — que Cubita era de España — y se marchó a la montaña — con toda su artillería."

Con el flautín en los labios aquel salón de provincia lluviosa se inundaba de luz dominical y tropical. Olía a Vuelta Abajo, a caracolillo, e Imperio.

* * *

Para dibujar la espigada adolescencia del tallo que nos daría a Víctor de la Serna, no necesito releer sino mis viejos archivos, donde una página, que a ella y a los suyos conmovió por lo espontánea y sentida, dice así:

"... La Montaña le regaló al mundo pilotos de aventura, cancilleres de pro y príncipes de las Artes y las Letras: solar de Garcilaso, de Lope, de Quevedo y de don Pedro Calderón de la Barca.

"Ese ambiente literario le daba un clima espiritual al Santander mercante de fines del XIX. A las tertulias vespertinas, al lado de las pequeñas tiendas de indianos repatriados, en la ciudad vieja, acudían don Marcelino Menéndez y Pelayo, cayéndosele la capa y los libros que le henchían los bolsillos —un Boecio incunable, un Virgilio renacentista—; don Benito Pérez Galdós, con sus antiparras y su aire de pobre ciego de la esquina; y don José María de Pereda, con sus bigotes infanzones y su señorial tiesura.

"Desde una encristalada galería vecina, una niña de grandes ojos luminosos veía, reverente, pasar a los tres grandes hombres, toda la gloria de España. Una niña que, tímidamente, a hurtadillas, dejaba un momento el primor del bordado para escribir unas rimas en un escondido cuaderno.

"Era la hija de un armador que hacía el comercio con Ultramar y de una hidalga de Santillana... ¿Su nombre? Concha Espina y Tagle."

Esos versos eran las estalagmitas y estalactitas de una sensibilidad melancólica que se agazapaba en grutas de las mil y una noches, donde quizás el apuesto caballista no le consentía refugiarse. Lo que a él le enamoró de Conchita fue su hermosura corpórea, de alabastrina estatua canoviana, animada por el crujiente brillo de unos ojos charolados.

Se casaron en un santiamén, y, desde la capilla, con lo puesto, en un periquete se embarcaron a Chile, donde, "in partibus infidelium", tenían una herencia virreinal: rebaños de vicuñas; hacienda con "guasos" de mantas coloreadas, relinchantes po-

tros, guitarreo y facón; cepas en *Vaña de Mar*; y, al Sur, lagos de inocentes pupilas y nieve de corderos. Pero todo ese idilio resultó un drama. Los fundos ya estaban casi hundidos en socavones de hipotecas y enzarzados en pleitos, mentiras de escribanos. Venales capataces y enredadores tinterillos les arrebataron el patrimonio; y, entre maleza y malicia, de tan vastas extensiones apenas si les quedaba donde caerse muertos. Partidos a rescatar su Eldorado, helos en la ruina, y encima con dos cunas, pues a la del primogénito pronto se añadió la de nuestro Víctor, que en el 1896 vino al mundo en la calle Jungay de Valparaíso —entonces, para su hogar, Valle de Lágrimas, y casi Valinfierno.

Iracundo, don Ramón —¡voto a Dios!— quería latigarle el rostro a los administradores tramposos; mientras doña Conchita sufría en silencio, repasando por el marfil de sus dedos un rosario de aljófar. Era la orante de aquel escudo familiar, en el Revolgo, donde una figura arrodillada impetra socorro del cielo mientras, lanza en ristre, un caballero traspasa una bicha: “Tagle, el que a la sierpe mató, con la infanta se casó.” ¡Qué contraste entre la pompa antañona y su estado presente! Pero no. Bien pensado, el emblema aludía al propio caso, señalándole un ejemplo a seguir. Después de todo, ella desposara un infante, un infanzón. Ahora, a matar la sierpe, el orgullo. Y como éste consiste en no confesar necesidades, sólo se le mata en buena lid con el heroísmo del trabajo cotidiano, la modestia laboriosa y la demanda lícita.

Ve en el periodiquín arzobispal que reparten al salir de las novenas, una página literaria y se le ocurre ofrecerle —o pedirle— colaboración, llevándole un ramillete de poesía con olor a Luzmela: “Mis flores”.

—¿Versos? ¡Qué pena! Se los publicaremos con gusto, pero no podemos pagárselos. “Mis flores”. Sí, mas ¿por qué no me trae prosa? ¡La vida es prosa, hija mía!

Aquel Prefecto eclesiástico, que alegóricamente se llamaba Ángel, le decía con puros y melifluos acentos lo mismo que con peleona voz de tintorro le dijo a Pármeno la madre Celestina: “No vivas en flores”, porque aromar el hambre no la suprime.

Mas, aun pareciendo repetir frases de la barbuda salmantina, el tonsurado del “Porteño” no era Ángel tan sólo de bautismo. Al menos para doña Concha, que en ese punto dejaba de ser doña Conchita, resultó el Custodio a quien el Todopoderoso

encargara de decidir una vocación. Como las criaturas areopagíticas, ese querube de seminarios parroquiales, acólito y trono del arzobispado austral, con relampagueo infalible le alumbró la vía del destino, pues impulsándola a escribir en prosa la encamina a donde el Altísimo la había predestinado, predestinando también, y desde ese mismo instante, a su proge. n.

Creedme. Sin esas providenciales palabras ni se hubiese formado el prometeico estilo del “Metal de los Muertos” ni amasado la prosa de nuestro Víctor, candeal y mañanera, esponjosa y nutricia como un pan. ¡Dios te lo premie, araucano serafín!

“Alba de mi existencia — Valle del Paraíso”, dice, en lírica confesión, un poema de doña Concha, evocando a cinco lustros de distancia, desde el clásico, helénico golfo de Rosas, su orto profesional en el Valpurgatorio del convulso mar del Sur.

Valpurgatorio. Sale una tarde a llevar al periódico su periódica colaboración. Ramoncito y Víctor quedan al cuidado de la niñera, llamada Doralisa, como la hija del Rey moro en el Orlando ariostesco. Es una mesticita cariñosa que, con alegres “cuecas” entretiene a las “guagas”.

De la Cordillera vengo.

¡Jesús por Dios!

Lo que de la Cordillera viene es un fragor de mil demonios, porque en esas latitudes el mundo todavía no está definitivamente hecho. Aún no tiene el “*Ne varietur*”, aún le falta la última pulgada. A veces le retiemblan las vértebras al dioscuro andino: asoman lenguas de fuego, hierven ondas, se descujan colinas. Derrumba el terremoto aquella casa de la calle de Jungay —que tenía duendes, según Víctor me contó—. Ni quedan paredes ni tejados. Entre astillas de cunas y de gritos, recogió del suelo a los niños la madre, que, nocturna, alucinada, aleonada, por un aire fosforescente y saltando escombros se lleva en brazos a un incólume hogar amigo.

Un mes después doblan el Estrecho de Magallanes, rumbo a la Península. Los ojos de Víctor no pueden aún deletrear los palotes cósmicos, garabatos del cielo. Pero ya sienten que mudan constelaciones, “mares innavegables navegando”, para decirlo con Ercilla.

* * *

Desembarcan en Santander cuando, heridos de machetes mambises, enfermos de maniguas, se repatriaban —rayadillo y

fiebre— los vencidos en Cuba. No digo los últimos. ¿Sabéis por qué? Una tarde en que iba yo por Lima melancolizando acerca del poniente imperial en tiempos de don José María de la Serna, mis pasos callejeros me llevaron —¿por azar?— a un palacio que es cosa de ver, o mejor de oír, pues su melodiosa arquitectura suena a concierto virreinal, a gavota en clavicordio. Bueno: cosa de oír y de oler, con su aroma a vainilla, a décimas del príncipe de Esquilache, a soconusco con el barón de Humboldt, a rapé de monseñores, a carroza del Santísimo Sacramento y a enagua de almidón de la Perricholi.

Me puse a leer su escudo: leones rampantes, caballero alanceador, dragón. Me parecía conocido. Pero, ¿dónde lo había visto, señor? En la torre solariega de doña Concha Espina y Tagle. Memorias de lecturas me acudieron solícitas. Entonces fue aquí, me dije, mirando al volador balcón de cedro. Sí, con la condesa de Gilsia a un flanco y el prócer Riva-Agüero al otro, desde esta celosía proclamó el marqués de Torre Tagle la independencia del Perú, y por tal grito le alzaron a primer presidente de la República. Donoso contraste. La indiada, peleando bajo las banderas reales, mientras los marquesones, con títulos de Castilla y solar montañés, constituían Estados republicanos. Pero en esa meditación comprendí que multiplicar estirpe no equivale, por ventura, a bastardía. Era entre lusco y fusco. Un rayo del ocaso enjoyaba de amatista los cristales del patio, cruzándose con los eléctricos guiños de un farol, como en Víctor convergían la luz plateada de la tradición virreinal y el orto del sol constituyente. Afilándose, las vertientes contrarias se unen en la cima. Todo puede confluír en la españolidad, si le damos oceánica grandeza.

A la Ciudad de los Reyes, en el IV centenario de la fundación, fue doña Concha como embajadora extraordinaria de España, que entonces supo enviar a quien debía. Por las tierras calientes de México anduvo años y leguas su marido. El primogénito enseña Literatura en Chile. Josefina conoce el Caribe y el mar de Balboa. En cambio, mi prologado no vio de mayor el Continente, donde se abrieron sus ojos. Pero en ninguna página puso tanto arte cuanto en la dedicada a Santa Rosa de Lima (1).

(1) El tenía a este artículo por lo mejor que saliera de su pluma. Se publicó en la revista «Vértice».

¡Qué prosa de repique y qué rocío! De gozo habrá llorado aquella peruanita, para quien las lágrimas son lo más bello de la creación, la perla humana de Dios.

Entre 1930 y 31, en un piso madrileño de la calle de Jorge Juan —¡vaya símbolo!—, dibujaba mapas para una expedición científica al Amazonas de la que sería cartógrafo y cronista; su hermano Luis, médico de a bordo, y el aviador Iglesias, capitán. Por entonces se correspondía epistolariamente con un cauchero galaico que desde Iquitos le daba noticias sobre cómo y cuándo se le hinchan las venas al Marañón. La República, con su natural tosquedad y su falta de horizontes, les cortó brutalmente las quillas; pero nadie pudo quitarle a Víctor el asiduo trato estudioso con las crónicas de Indias. ¡Ah, esa fabulosa expedición de Orellana desde las fuentes andinas al Océano Atlántico, por aguas de dioses fluviales y terribles, entre feroces flecheras y selvas hasta entonces sólo penetradas por la inmundicia bichería! ¡1.800 leguas de calentura y sacrificios para que en las romerías del Ribeiro la Elisa ramease con mi nombre el arroz con leche!

* * *

Aparte cuando nos lo trajeron del Pacífico, Víctor apenas navegó sobre barquitos con jugueteo de delfín en domingueras tardes estivales, y aun así, las ondas, en vez de la helénica sonrisa innumerable, le mostraban los dientes, correspondiendo con espumosa rabia a sus idílicos piropos. Es flamante bachiller. Comilla en fiestas. Parten los balandros bajo el estruendo de la cohetería. Pero el oro del crepúsculo se torna ceñuda nube. Una galerna cruel desgarrar, azota, tumba. Enciende doña Concha candelas a Santa Bárbara bendita. Clamorean los bronces con clamante rebato. En el muelle espeluznado de gritos, el capellán don Abdón les lanza a los naufragos, áncora salvadora, la absolución "in articulo mortis". Víctor llega desnudo y chorreante. Vestido de negro, va al día siguiente por el pueblo en crespones tras cien ataúdes con cien cuerpos que el mar, buen pagador, le había devuelto a la tierra. Por mucho menos, alguien que yo me sé, aunque acunado por las "ondas do mar de Vigo", se dice de Orense. Pero el autor del "Viaje de España" fue constante en su amor al amado amargo.

Con barítono acento cantó a la más infanzona villa cántabra, descubierta por Galdós en 1871; y con honda, arrodillada emoción a la venerable Sixtina protohistórica, descubierta a pocos pasos y pocos años de distancia por don Marcelino Santuola. Pero le reprochaba a la viuda del mar que, viviendo de memorias, olvidase a su esposo difunto o ausente —aunque en verdad Santillana del Mar nunca lo tuvo ni lo quiso—. Si la cortejase con nupciales espumas, no le concedería ni la mano ni el pie, sino el puntapié, porque ella es aristócrata empedernida, y él, voluble, gárrulo, mercantil demócrata. ¿Contra quién elevaron su parroquial los mercantes de Comillas? Contra los hidalgos. ¿Y por qué en la Edad Media alzan sus hermanos las torres de la Montaña? Por engréirse sobre la “Hermandad de las Villas de la Marina de Castiella”, que la de los dengues y copetes no suscribe.

Esa Hansa del Cantábrico fue sin duda lo que Víctor añoró con más poético temblor. Casi era su estribillo, su contraseña personal, delatora de su estilo cuando quería esconderlo en el anónimo o en pseudónimos. Es que, al recordar a la huerte que un día pactó de poder a poder con Inglaterra, el corazón le latía como un tamboril o le cantaba cual en el arpa del cordaje canta el viento. ¡Cómo evocaba los tiempos en que, con el agua al cuello, Carlos de Francia le pidió socorro de naos a Santander! ¡Cómo evocaba a Laredo despidiendo a la infanta Catalina, o cuando San Vicente de la Barquera le puso mantel y sábanas al Emperador! Tan dorado prestigio le daba a sus marinas que el Puerto Chico de los “raqueros” parecía un Claudio Lorena con marmóreos muelles para embarque de dioses olímpicos.

Una noche de estrelladas confidencias se me quejó de no haber sido marino.

—Pronto hubieses secado el remo a la llama hogareña. Tú vives para los de tu sangre: para tu madre, tu mujer y tus hijos. Vives desviviéndote. Cierta que allá en una musgosa torre de tu país hay un escudo con calderones a la lumbre en un cuartel, y en el otro barcas. Calderón de la Barca. Pero hogar y mar resultan incompatibles. Escogiste la mejor parte.

—Pueden conciliarse siendo, como mi abuelo materno, consignatario. Tener un almacén de “efectos navales”. Brújulas, sextantes, bitácoras y lonas embreadas secándose al provincia-no sol de una plaza. ¡Qué felicidad!

Pero yo a los poetas no les compadezco las melancolias, porque sé que se divierten y bailan solos sufriendo sin motivo, y solos se consuelan: con imágenes, símbolos y la magia encantatoria de las palabras.

Bajábamos por la calle de Larra, una tarde del Madrid verbenero, revuelta en polvo. La fachada del Hospicio iba a estallar su traca cohetera. Mas he aquí que Víctor recibe una racha inspiradora, fresca brisa, y, soltando trapo, entre pitos y flautas me pregunta:

—¿Conoces vocablos más bellos que singladura, sirga y merlín?

—En gallego, sí. Ronsel. Tiene cabrilleo lunar y pétalos de espuma.

—¡Pero botavante, tajamar, barlovento...!

Saboreando esos términos amargos como si fuesen dulces, la boca se le hacía agua. Por eso quise regalarle la crónica que de su paisano Pero Niño escribió mi paisano el alférez Games, que en Santander “falló las galeras armadas e de buenos marreantes e remeros”, los cuales, al ventar el nordeste, “alzaron bastardos e mizañas, singlaron todo el día”. Prodigioso libro de geografía y poesía, donde un Don Juan de palabras las sorprende temblorosas y vírgenes. ¡Con esas desnudas nereidas se dio Víctor cada verde! Porque si para los jónicos en el principio fueron el silencio y el mar, a este del húmedo labio de Castilla le borboteaba tan reidor el romance, que en su principio fueron el mar y el verbo.

* * *

Cuando Víctor pasó temporadas con su abuelo materno, ya éste, ¡ay!, no era armador, pero sería siempre un gran cazador, que miraba al mundo por el ojo de sus carabinas y en los domingos cruzaba el pueblo con escolta de sabuesos. El inició a su nieto en este rito arcaico del que yo, aunque de los Montes de Bande, no soy devoto. Sólo una vez hubiese querido participar en una montería, más no fue en Lobeira, sino en París, la mañana de San Humberto y en el atrio de Notre-Dame. Entre el otoño medieval de los palafreneros borgoñones, al son de heráldicas trompetas el aire se vestía de escarlata con armiño de jaurías y nieves de antaño. Aquello era vivir las Ricas Horas del Duque de Berry o tejer en Beauvais tapices de nostalgias.

Pero el huroneo de mis parientes en la Sierra de San Mamede no me había parecido tan bonito. De ahí que no me aficionase. Como por otra parte, Castroviejo tiene la hidalguía galaica para defenderle la cinegética honra, no necesité esforzar mis gustos, que en materia venatoria se conforman con poco: con el Mantegna de Mantua y con los Velázquez guadarrameños, aunque todo se paga, pues por no haber subido repechos escopeta al hombro me cuesta distinguir una mambra de un mo-yote, y sin el Diccionario no sabría qué es un morón.

Según supongo, Víctor habrá celebrado su bautizo de pólvora contra apacibles torcaces en Ujo de Asturias (2) por los escobios de un arroyuelo que la vocación de grandeza del Principado llama Caudal. Era casi un niño en aquel entonces. Moeceando en Luzmela iría por los húmedos matorrales de Treto a levantar becacinas, o, "peñas arriba", al corzo que como en viñeta salta de Tajahierro a la Palomera y bebe en el Saja. Buscando el encame del urogallo, treparía hacia Bores, donde don Iñigo López de Mendoza otro encame (galante y púdico) topó: allá so la Lama —metióme en amores...— e fueron las flores de cabe Espinama los encobridores. Yo no sé cuántas piezas tumbaría ni entonces ni después. Desde luego, si no mató muchas nutrias engendró quien las matase, pues su hijo Alfonso pudo forrarle un abrigo con las cobradas por su mano batiendo por el Eresma. Pero un cazador vale lo que cuenta. Contando cómo partió a cuchillo un jabalí sobre el dolmen de Peña Labra, no nos hizo comulgar con ruedas de molino, sino con liturgia céltica; y por el regalo de su prosa, canora linfa, supieron muchos que las fuenteccas de esa cumbre reparten aguas a tres mares. Con razón, pues, ese cazador de irisadas imágenes fue nombrado Montero Mayor de las Españas.

Druídica también su simpatía con la vida vegetal, su sensibilidad botánica. Le cosquilleaba en la piel la impaciencia con que el botón del fresno espera el abril, y al ritmo de la savia trepadora le latía la sangre bajo el sol de mayo. ¡Qué gozo el suyo ante el bullicio pajareo de las frondas! ¡Qué pena cuando los almendros se retuercen de sed en el verano o tiritan desnudos al frío invernal!

Iba a visitar los álamos del Pisuerga —donde no tenía tie-

(2) Véase Marino Gómez-Santos: «V. de la S. cuenta su vida». Pueblo, 10, 15, XI, 1958.

rra alguna— como a la tía Mercedes en Astorga, o a sus primos en Ontoria, para ver cómo crecían en los pimpollares, si estaban delgados o gruesos, dolientes o sanos, y volverse contento de haberlos encontrado tan pimpantes. En esa "provincia" reconoce parentescos y distingue clases sociales, graduaciones, jerarquías: los álamos blancos "con el tronco como de hueso y las hojas de dos colores que brillan con el viento como heliógrafos innúmeros enviando mensajes diminutos al sol. Los temblones que se estremecen aun sin brisa, que parece que tienen un flúido móvil, capaz de producir la brisa por sí mismos con sus pequeños crótales parecidos a las hojas de los abedules, sus primos hermanos. Los piramidales, o chopos, un poco golfos, que en primavera se ponen de un verde tierno como de esmalte y donde el abejorro es feliz con sus cuernecillos con radar y su coraza parda y brillante. Son tan sencillotes, pero tan buenos a la vez estos árboles, que miran a los hermanos «más finolis» con una ternura protectora. Les parecen álamos de cuota. Ellos son los chopos: esos que de cuando en cuando la juventud agarra para armar esos heroicos trepes con que se enderezan las cosas que van a mal a bordo de la Patria. El chopo sale a dar sombra a los caminantes y no es destrozón como su compañero de camino, el olmo, que se mete a veces hasta las casas y las tira". Pero una olma, la que con su opulento porte ennoblece la plaza de Colmenar del Arroyo, suscita en él esa mezcla de veneración y de ternura que se siente por una abuela.

Tan preciso, concreto, minucioso conocimiento le impide hundirse en la Naturaleza al modo romántico, pues no la quiere selvática ni tumbal, sino despierta, lozana, cultivada. Por eso le dedica el "Nuevo Viaje de España" a los ingenieros de Montes, "que le devuelven lozanía" y toma como Libro de Horas la "Agricultura" que, para Cisneros, escribió su capellán Gabriel Alonso de Herrera en estilo jugoso y frutal, pues sus palabras tienen tan delicados cutis de albaricoque, tales mejillas de manzana, tal carne de membrillo, que te dan ganas de morderlas.

Ese libro cisneriano (Toledo, 1513) recoge el romance en su dorada granazón, cuando en mediodía clásica madura como latín de la nueva romanidad, ya que el clasicismo es eso: Trigo, Lengua, Imperio: triada augusta.

Sólo grana bien lo que se labora bien. Del Todopoderoso dice Berceo: "Non quiso que granassen essas tales lavores - can eran barbechadas de malos labradores", en frase donde ya el vocablo labor se pronuncia sin acentos amargos, como tampoco alude a sufrimiento el Arcipreste de Hita cuando dice que "el grand trabajo todas las cosas vence" (611). Por cierto, que de ese período yo no conozco en francés texto alguno donde la palabra trabajo se haya sacudido ya los etimológicos cepos que la hacían gemir, pues viene de tripaliare, torturar, que a su vez deriva de tripalium, cepo o instrumento de tres maderos que apretaban dolorosamente las clavijas. Pero si esta observación es exacta, entonces resulta que en el hecho decisivo de la vida moderna, Castilla la gentil no fue retardataria, sino madrugadora, aunque es cierto que después, en la época picara, el trabajo vuelve a ser sentido como en la baja latinidad, cual una pena. De entonces y de eso le viene a España el ir cuesta abajo, dando tumbos. Víctor lo proclamó siempre, negándose a atribuir la decadencia a ninguna otra causa que al ocio triste, y por creer que estamos superando los siglos perezosos tenía tal fe en nuestro renacimiento.

¡Con qué unción describe a una matrona hilando su rueca en el portal! Guardó su casa e hiló, dice el marmóreo epitafio romano. ¡Y cómo le baila la prosa al son de los bolillos en Moral de Calatrava! "Con esa musiquilla, parecida al agua de un surtidor, empieza el ámbito del matriarcado manchego". La moral del ejemplo calatraveño se deduce pronto: esa mujer hacendosa que labora al amor del hogar, es la fuenteica de donde manan las patrias virtudes. También se adivina pronto en quién piensa tras ese símbolo entrañable: rememora a la nutrición matriarca que, derecha como un huso, guardó su casa, componiendo a la par obra de tan gigante magnitud.

La mujer, rueca. ¿Y el hombre? El hombre es un taller, dijo, hace mil trescientos años, San Máximo el Confesor. Al leer este texto, en "Ambiguas" II, 37 (Patrol. griega, XCI, c. 1305) recordé, con imagen que el tiempo no ha mordido, mi remota visita a un artesano de Toledo, que del hierro hacía encaje. A su lado, entre bullicio de chispas, un mozo que entonces vi por vez primera. Se llamaba Víctor.

* * *

Años después de habernos conocido en la "peñascosa pesadumbre" de Toledo, nos encontramos en la redacción de "El Sol", alrededor de Manolo Aznar. Fue en marzo de 1931. A las pocas semanas nos hería aquel grito plebeyote y chulesco de la gallofa: "¡No se ha ido! ¡Lo hemos «echao»!". Salía Don Alfonso al destierro. En soledad escalofriante subía Doña Victoria al tren de Galapagar. Comenzaba la balcanización de una historia noble: las tracas de huelgas; los estatutos; los retiros en el Ejército; los truhanes que, fingiéndose sin trabajo, ponían la manta en el suelo y la honra en el lodo; los Socorros Rojos; los pistoleros; la Hoz y el Martillo; y los conventos quemados, o, como decían elocuentes repúblicos, las "jornadas de emoción civil".

Contra aquel caos demoníaco delineamos una doctrina armoniosa para poner España a la altura de su mediodía antiguo y a la altura de los tiempos; y le dimos al idioma castellano un nuevo estilo. Sí, porque en la Historia hay un estilo nuevo cuando ganan autoridad formas hasta entonces inéditas y de las que más de uno puede ser su autor. Y es el caso que ni siquiera nosotros mismos sabemos de modo incontrovertible quién ideó antes ciertas expresiones sobre la unidad de destino y la ida por el Imperio hacia Dios.

Eran santos y señas de una Hermandad en que estábamos Murlane, Víctor (3), Rafael, Alfarito, el picudo Ignacio y este gallego. Pero esa Hermandad hubiese podido quedarse en capilla de no venir aquel a quien la Providencia destinara para encarnar las nociones en nación, y darle trascendencia a lo que en nosotros quedaba medio inmanente.

El reencuentro en Salamanca, en el ardiente estío de 1936, nos emocionó hasta las lágrimas. "De los sus ojos tan fuertemente llorando." Nos veíamos a todas horas, en todo momento: en los Bandos, en Monterrey, en el Trilingüe. Solíamos escribir, hombro a hombro, en mesas contiguas, o en la misma mesa "de redacción" en el Palacio Anaya. A veces sólo reemplazándonos teníamos sitio.

También nos solíamos reemplazar en darle compañía a

(3) Don Pedro Murlane Michelena fue quizás, por mayor, el adelantado, como Rafael fue el más sugerente adelantado hasta en irse de este mundo, pues murió el 25 de noviembre de 1955. Víctor, a los tres años, en el mismo mes, el mismo día y hasta creo que a la misma hora. Cronología terrible y simbólica.

Unamuno para que no hablase solo en su paseo por las cavas hondas que bajan al Tormes, pues en verdad los salmantinos le hacían muy poco caso. Ni siquiera le quitaban el sombrero. Menos mal que, allá en el retén del puente, en viéndolo, un cabo andaluz salía de la garita a cuadrársele zalamero:

—Tenga uté buena tarde, zeñó coroné.

Lo creía un coronel carlista, y el Rector miraba con reidores ojos, entre sorprendidos y agradecidos, a ese tartésico zahorí. Zahorí, porque supo verle la procesión que le andaba por dentro, pues al decir en los últimos tiempos: “Dios, Patria y Ley”, estaba en un tris de pronunciar R por L.

De esos paseos con don Miguel me queda un recuerdo inolvidable. Una tarde yo me hacía cruces preguntándome por qué, con aquella descuernacabras ventisca, en vez de cobijarnos bajo los pórticos de la plaza, me llevaba hacia los Pizarrales, al fin del Mundo. Pero quien se hacía la Cruz era él, pues, entrando en el taller de un marmolista, escogió lápida sepulcral, dictándole el propio epitafio: “Llévame, Señor, a tu pecho —misterioso hogar—, que vengo deshecho —de tanto bregar—. Me estremecí al filo de su voz, como los cipreses del sotillo al cierzo.

Lo peor es que, por añadidura, tuve que dejarle, pues el domingo debía pronunciar yo una conferencia en el Aula Magna de la Universidad hispalense. Ya en el portal de su casa, vecina a la “Casa de las Muertes”, me anunció una carta, cosa que no hiciera nunca.

—¿A dónde le puedo escribir?

—Pongamos al “A B C” de Sevilla.

Me despedí con el pálpito de no volver a verle.

A una semana de distancia hallé en la redacción del “A B C” sevillano la carta prometida —que conservo—. Leyéndola me espetan la noticia:

—¿Sabe quién murió? Unamuno.

Lo creáis o lo dudéis, fue así. Los golpes escénicos más inverosímiles los propina la vida, porque el Gran Teatro del Mundo está dirigido por su propio autor: Dios.

—¡No poder llevarlo al Camposanto!

Pero en Salamanca quedaba Víctor para arrimar el hombro y —con Fleta, Obregón y Marianito— subir el féretro por la cuesta de la Clerecía.

También anduvo Víctor en la invención de nuestra hermo-

sa liturgia fúnebre a los caídos. Hallazgo perfecto y conmovedor, pues mientras desde el 1914 las más bellas plazas de Europa se afean con la pastelería democrática de horribles tartas escultóricas al soldado desconocido, las paredes de nuestras catedrales acogen piadosamente el sobrio y cristiano rito de un nombre, un nombre personal, el del héroe conocido, abrazado a divina geometría del Gólgota.

Y estoy viendo a nuestro hombre subirse a un andamio para, con sangre de toro y almagre, poner en las doradas piedras de Ontañón el Vitor al capitán de la Cruzada, remozando así la tradición juvenil de los escolares salmanticenses. “Vivir es resucitar”, decía unamunescamente don Pedro.

Tras su subida al andamio y mi discurso en el atrio catedralicio, comimos en el figón del Fraile, al lado de unos ganaderos patilludos, cuya naturaleza, en oyéndoles de refilón, Víctor identificó:

—Son de Sayago. Hablan como Juan del Encina.

En eso era infalible, mientras, en contraste, con tantos laboratorios fonéticos y tantas fricativas, el filólogo capicúa Tomás Navarro Tomás, las fallaba de todas, todas. Es que esas cosas se aprenden por los caminos.

—Tómame una sopa de ajo para sacudirte el frío. Refrán de arrieros pasapuetos. ¡Y déjate de aguas minerales! Este vino de Toro te va a calentar. Lo empinaba la madre Celestina. ¡Vamos, prueba!

En tiempos de erudición insípida el suyo era un saber genuino por lo sabroso. Sabio es, en las dos lenguas maestras —sofós, sofón; sapídis—, el que, por saborearlas, sabe a cómo saben las cosas, sacándoles el jugo. Y por eso puede dar la prueba. Por tanto, el hombre de gusto, el buen catador.

Con el hojaldre en los labios nos despedimos. A mí me movilizaban a un frente remoto: al Río de la Plata y a los Andes. El, con un capotón —burda manta de Béjar—, se movilizaba voluntario al frente cántabro, tras el cual, esperándolo, penaba su madre; al Maestrazgo, con una columna navarrica; y, en fin, al de Madrid, desde donde, casi saltando parapetos, entró con las primeras tropas en la capital, para sin máquinas, sin redactores, sin nada, con la sola ayuda de su primogénito, Victorito, mayorazgo de su vocación periodística, y de Alfonso, heredero de sus buenas letras, sacar a la calle “Informaciones” y que al

repique de su prosa saliesen los madrileños a festejar la vencedora paz.

Contra cuanto pudiera creerse, a Víctor no se le abrieron fácilmente los periódicos. Le objetaban que "escribía demasiado bien". La expresión choca por lo obtusa. Pero tamaña estupidez constituye la categoría "a priori", el supuesto de la crítica literaria mostrenca, que se imagina ponerse borlas, negándole dignidad intelectual, a páginas maestras por el mero hecho de haberse publicado en los periódicos. Ante esto acude a la memoria el proverbio del Rabí:

Por nacer en espino
la rosa, yo no siento
que pierda, nin el buen vino
por salir del sarmiento.
Nin vale el aqor menos
porque en vil nido siga...

Pero los periódicos no son viles nidos. Son el ágora moderna. Por la antigua andaba Sócrates. ¿Diremos que el barbudo parteador de la conciencia ateniense no era en el fondo sino un periodista? La frase resultaría poco ingeniosa y poco original, pues ya se dijo de Cicerón, de San Pablo y hasta de Nuestro Señor Jesucristo.

Poniéndole el periódico por paño al púlpito, encendieron en España Fray Benito Jerónimo Feijoo y Fray Martín Sarmiento las luces de la Ilustración, mientras Voltaire, D'Alembert y Diderot "articulaban", en Francia, la Enciclopedia. No sería inexacto llamarles periodistas a nuestros enciclopédicos con cogulla, ni a los empelucados gabachos, pero ¿qué barbilindo tendrá el tupé de excluir de la Literatura y la Didáctica las "Cartas Eruditas"? ¡Vamos, anda! No andemos con bromas. En diarios publicaron Unamuno, Ortega y Azorín casi todos sus escritos; y Ors, sin casi. Suprimiendo esos nombres, mucho menguaría nuestra cultura, la pobre.

Revolviéndose contra el prejuicio, y exagerando un poco, Víctor decía que el periodismo le añade quilates al escritor, porque le obliga a la profesionalidad. Desde luego, afilar coti-

dianamente la pluma, contra la rueda del acontecer rodante, no la empeora.

Según los dómines, cuantos publicamos en los periódicos incurrimos en delito de lesa unidad. Con arreglo a este criterio, el acto de escribir sólo se valora por la monotonía del objeto. Pues bien: ¡Vivan la diversidad y el sujeto!, ya que verdaderamente resultan más vivaces lo diverso y lo subjetivo. O, como en el 1571 después del Cristo, a la edad de treinta y ocho años y por las calendas de marzo descubrió Miguel de Montaigne, lo diverso subjetivo. Entonces decidió sustraerse al imperio del tema y no dejarse dominar por ningún objeto absorbente, sino, hojeando libros "sans ordre et sans dessein, à pieces décousues", y observando sus propias ondulantes opiniones, escribir sobre lo que le viniese en gana. "Je n'y oblige pas le monde... et çonçois mille façons d'écrire et au rebours du commun je reçois plus facilement la différence que la ressemblance..." Y como "ce fagotage de tant de diverses pièces", esa rapsodia puso en marcha cuatro siglos de cultura, ni Víctor ni yo le hicimos demasiado caso a la monserga de los dómines Cabra.

Si el escritor tiene en sí mismo la unidad, entonces al recoger el variopinto mundo y las variopintas gentes, se enriquece y enriquece. Yo, más que en el "Fausto", aprendo en las "Conversaciones con Eckermann" cuando, respondiéndole al entrevistador preguntón, el gran chambelain de Weimar, gran maestro de danza y elefante sagrado, baila al compás del periodista.

Hasta me parece que la literatura europea se ha desenvuelto, ha desplegado sus dones conforme se ha sacudido la superstición unitaria. ¿Qué es el teatro a finales del siglo XVI? Un paralítico, o, como decimos en mi país, un "estangarañado", porque lo entangarañaban y maniataban tres unidades impuestas nada menos que por Aristóteles. Pero viene Lope. Se las brinca graciosamente a la torera, y con ese salto le dio a la comedia española el respiro, el meneo, el rumbo y la airosa altura que la hicieron garbear por toda Europa.

En ese período, aun los poetas creían ennoblecerse tanto más cuantas más octavas volcasen sobre un solo asunto, hasta anegar en versos Angélica o Jerusalén. Soy de los poquíssimos que, con dolor de oídos y sin rechinar los dientes, han soporado el martilleo en cien cantos que Bernardo Tasso le inflí-

gió a la paciente armadura de Amadís. Quizás eso me autorice a hacer observar cómo desde entonces la poesía le ha ido quitando consistencia, espesor, al tema, hasta, con el simbolismo, adelgazarlo en voluble levedad, desvaneciéndolo en subjetividades irisadas, en goteo, en rocío, casi en aire. Platón definía a la pluma así: "es lo menos pesado que el aire". Pero si la pluma es capaz de darle a la prosa el donairoso despegue, la ingravidez del verso, ¿por qué, en vez de seguirla al aire de su vuelo, los "cacasenos" la quisieran pesada?

Muchos artículos sueltos de Víctor son como milanos, claridad en la cabeza, aleonado el cuerpo, batiente y largo el alón. ¿Ocasionales? Sí, pero Goethe confesaba que toda su poesía tuvo origen ocasional. Con sólo un toque, La Serna le hacía al acontecimiento remontarse, que un mero epíteto puede darle aura volandera a la noticia. Otras veces, así en el "Viaje de España", su prosa no se despega: como la del Rey Sabio se pega de modo carnal a la "grosedad de la tierra", a la "fartura", llevando en su entraña veneros de gestas, épicos caudales, a imagen y semejanza de la "Crónica General".

Es justo el paralelo, porque con Alfonso X nace nuestra prosa, y en Víctor parece renacer, pues en su estilo el habla se repristina y bulle, como al salir de los pañales de Reinosa bulle el Ebro. ¡Qué reidores los hoyuelos de sus palabras! Aun las más usuales le brotan frescas, y hasta las caídas en desuso pierden arrugas al remozarse en esa fuente de eterna juventud. Hasta las caídas en desuso, pues en su abundancia léxica no rehúye vocablos hoy poco notorios, como "galiana", "leveche", o el chilenuismo "tinar". Es que así como Doña Concha fue la última virreina del verbo castellano, Víctor era un oidor: uno de aquellos montañeses que los Austria mandaban de oidores a Indias. Por eso su idioma tenía caracolas con atlánticos rumores y trasoceánicas cadencias. Y como las llevaba en las venas y le fluían de la entraña, el lector no advertía la extrañeza de esas voces. Le sonaban a tan corrientes y molientes que nadie le hubiese puesto objeciones si, como el Licenciado, camino de las bodas de Camacho, dijese: "Yo, señores, pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes".

Por esa condición manadera, aunque la procesión le anduviese por dentro, las palabras le salían cantando y bailando para irsele, tan serranas, de romería. Deberíamos consagrarle

aquel escudo que vio en el portal de Almagro: campo de rubios soles y, en las garras del águila, corazón de gules: "Los colores alegres y el corazón cual vedes".

El corazón cual vedes. Muy arañado, que la fortuna no le amaneció demasiado propicia. Su cuna, astillada en un terremoto. Sus mocedades, sin cancha, pues sólo a los treinta y cinco años pudo estrenar bríos. Aun después de ser célebre sufrió lo suyo, acosado de enemigos, y alguna vez, como Don Quijote, de "encantadores", según me susurra una carta que entre mis papeles amarillea: "Tú y yo, por celtas, creemos en las brujas". ¡Y cuánta tarde, en aquel zaquizamí de San Roque, o en la imprenta de Aduana, esperando el cupo de papel para el periódico, mientras la luz de los Madriles se iba del brazo y de verbena!

Ahora veo barbíanos que, con editores, platillos y premios ya a principios de curso, escriben en agria prosa protestona, harapienta, resentida, plebeya. Y quizás en muchas cosas esta generación de pisotones y codazos nos supere. Pero no en señoría, pues, moceando en época avara, nosotros sólo para España tuvimos ambiciones. Tras sacar las castañas del fuego, dejamos que otros se las coman. Otros y éstos. Y aun al cabo de la calle, del callejón de la amargura, por pudor e hidalguía, vestimos la prosa con terciopelos de cabalgata prócer, con atuendos de fiesta. Los colores, alegres.

Se puede salir de casa por motivos múltiples. Herodoto, para reconocer el campo de las guerras médicas; Pausanias, para escribir un Baedeker; Cosmas, para cerciorarse de que el sextercio romano corría por todo el ecúmeno; Benjamín de Tudela, para hacer el censo de las sinagogas; don Antonio Ponz, para enaltecer las iglesias neoclásicas y denigrar las barrocas. Pero en cualquier caso, lo que en el camino nos llama la atención es lo que difiere de nuestro contorno cotidiano, y, al contar las andanzas, en eso que nos ha sorprendido se hace hincapié.

Nos choca lo distinto, y de lo chocante hablamos, mientras lo demás por sabido calla. Por ello resulta lógico que los libros europeos de viajes por España hablen de nuestras cosas menos europeas, pues ésas y no las comunes son las que atraen sus

miradas. Atender a lo distinto, y sólo a ello entra en los derechos del Arte, el cual sabe muy bien que ni él ni nada, ni nadie, puede aprehender íntegramente la realidad. Menos aún la aprehende el periodismo, aunque se crea lo contrario, ignorando en su ignorancia que, precisamente por parcial y superficial, también tiene su coranzocito y su musa, pues el Arte se hace por partes y sólo en las superficies se espejea.

Pero no porque a Merimé le gustasen las gitanerías debió nunca Lorca recamar con sus coruscantes metáforas la España de pandereta —aunque a mí me reconociese que la Bética no es gitana, sino romana, y ante la estatua de Cervantes me confesase un día con orgullo: “¡Yo no soy de Graná. Soy de Santa Fe!”—. ¿Entonces, por qué echarle genio a tal alhambrismo de colmado y a tantos Camborios?

Que el “Novellino” italiano confunda a los españoles con moros y judíos, ¿obligaba a don Américo Castro a precipitarse, como se precipitó, en confusiones? Ni porque un flamenco con una nube en un ojo viese negra a Castilla deberían Zuloaga y Solana embetunarle los limpios cielos que Dios le da cada mañana.

Pero para remontar nubes y confusiones está la Peña de Amaya, desde donde, a la redonda, todo es horizonte de radiante claridad. A un lado, Castilla la gentil, rubia, de espigas; al otro, en lúcido invierno, picos, cuya intacta blancura los sucios semitas no pudieron mancillar, puesto aquí a raya por el cántabro fiero.

La Gran Montaña, en quien guardaba
la fe, la sangre y la lealtad estuvo,
que limpia y no manchada
más pura que la nieve la mantuvo.

(LOPE: Laurel de Apolo.)

El de la Serna Espina, tras defender, chopo en mano, nuestra europeidad —y la de Europa— tenía que mostrarla a la sombra del laurel. Y esto es su “Viaje de España”: un canto caminero a nuestro europeísmo reconquistado en durísimas pruebas.

Tenía que mostrarla, ostentarla, pues ostentosos son los mo-

tes montañeses, como aquel de que se ufanaba don Francisco y que, entre ruinas aún campea sobre Entrambasrestas:

Yo soy aquel que vedó
el que los moros entrasen,
y que de aquí se tornasen
porque así lo mandé yo.

Llamándose “godo”, Quevedo se entonaba a sí mismo y quería entonar a una patria alicaída. Víctor, personalmente muy modesto, o acaso un tantico orgulloso de su humildad, no se daba nunca tono, pero con magnificencia virreinal concedía el título de “godo” cual preciada encomienda. “Visigodo isleño”, titulaba a un antillano, que tal vez tuviese su gotita de zambo caribe o cimarrón. Haciendo así no se salía de la tradición más ilustre, pues nuestros virreyes no creían denigrarse cruzándose con indias o negras, ya que eso multiplicaba cristiandad; pero todo el que iba a India quería dárselas de “godo”, no fuesen a suponer que le andaban por dentro los demonios de moros o judíos, enturbiadores de la fe. Y para eso resolvía con oro perulero pergaminos en la Real Chancillería de Valladolid y hacía picar fanfarronas cimeras en las cántabras casonas, que casi todas son de aquel entonces, de cuando España era más ella misma. Y España era más ella misma cuando más proclamaba —y ensanchaba por el Nuevo Mundo— su europeo origen.

En esa europeidad, en las barbas de Carlos V, para entendernos pronto, tenía sus raíces el germanismo de “Unus”, que, sin alterarse, sin ser “Otro”, con perfecta fidelidad a un continuativo despliegue, podía, para remozar España, abrirse a las auras de la “Ilustración”.

Este “Viaje de España” es sobre todo la obra de un “ilustrado” rejuvenecido: de un pirenaico que, pasando por Jovellanos, viene de la mano de Feijoo a alumbrar manantiales y hacernos colaboradores de trabajos alegres en una patria operante y dinámica. Decidme si aquellos carloterceristas “Discursos sobre el desenvolvimiento de la Industria Popular” y “Sobre la educación de los artesanos” podían encontrar eco más jubiloso que el de estos siderometalúrgicos de La Mancha afilando hoces para Turquía; y si quien fundó el Instituto Asturiano “Quid verum, quid utile” no bailaría de gozo ante estas frases: “La seguridad de que el drama de la sequía se puede evitar con una pasión

nacional invita a lanzarse sobre los senos tentadores de la tierra y a aplicar el oído a la tabla terrosa de color alheña y oír el palpito del agua oculta. El corazón se hace zahorí y casi llega uno a sentirse vena. Te digo, compañero, que el agua que no se ve y se presente duele como un mal amor". Te digo, compañero...

Este estilo convivial se hace querer porque el lector siente que le quieren. Con tan hermoso vocablo llamaba Sófocles al amigo: simpráktor odou: compañero de viaje. Juntos hicimos el de nuestra juventud. Lo veo despidiéndose cuando yo partía a descubrir el Mediterráneo. Lo veo, por última vez, con sus ojos de terciopelo y sombra, "anohecido", decía su madre, despidiéndole yo en la estación de Lisboa, hasta perderse en el túnel. Después partió para donde no se vuelve. Allí estará en valles que serán como los Reales de Castilla, pero sin noche y batidos de alas angélicas. El día de la resurrección de la carne me los enseñará. ¡Cuánto tendremos que contarnos, compañero! Hasta entonces. Con Dios.

Eugenio MONTES

Roma, Epifanía de 1960.

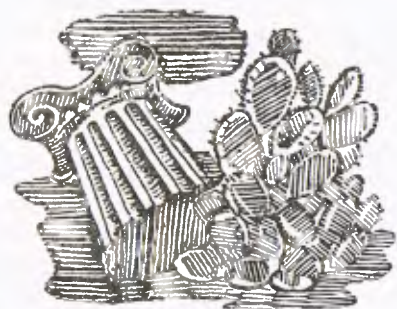
NOTA DEL EDITOR

Victor de la Serna, que tenía un vasto y detallado plan de viajes por España, materializado en un mapa interesantísimo que guardan sus hijos, proyectaba recorrer y escribir sobre las comarcas españolas que poseían una concreta personalidad histórica y geográfica, ajena a modernas divisiones político-administrativas, las más de las veces artificiales o inexactas. Y así como describió la Ruta de los Foramontanos, saltando por encima de las fronteras provinciales de Santander, Burgos, Palencia, León y Asturias, también lo hizo de La Mancha y La Marina de Andalucía. Quedaron en proyecto sus capítulos sobre el Ampurdán, el Priorato, el Sayago, Cinco Villas, Tierra de Campos, la Sierra de Cazorra, las rayas de Portugal, la Marisma del Guadalquivir...

Con la aparición de este II volumen del "Nuevo Viaje de España", de Victor de la Serna, queda interrumpida para siempre una obra literaria en la que el ilustre autor, fallecido el 25 de noviembre de 1958, tenía puesta su mayor ilusión de escritor. En el presente tomo se agrupan las crónicas que publicó sobre La Mancha en el verano de 1953, más cuatro artículos acerca de "La Marina de Andalucía", con los que inició otra serie, desgraciadamente interrumpida, sobre esta comarca.

Para el II volumen que hoy editamos el autor había escogido como subtítulo "La vía del Calatraveño". Suspendida la segunda parte —"La Marina de Andalucía"— en la cuarta crónica, hemos querido buscar otro escrito de Victor de la Serna que, armonizando con el tema de los demás capítulos, nos

ayudara a contemplar en algo las dimensiones previstas para el presente tomo de la obra inacabada. Se trata del discurso que Víctor de la Serna pronunció el día 11 de septiembre de 1956 en los Juegos Florales de las Fiestas de la Vendimia de Jerez de la Frontera. En este caminar de un castellano hacia el sur, en que consisten los capítulos de "La Mancha" y "La Marina de Andalucía", hemos creído que quedaban justamente emplazadas las palabras de amor y de entendimiento que Víctor de la Serna —él mismo un poco "jándalo" en los últimos años de su vida— dedicó a ese seno perfumado de Andalucía la Baja, que es Jerez. Y por ser su discurso un rapto enamorado de castellano por lo andaluz nos ha parecido que sería el ideal capítulo último del libro de este gran foramontano que un día empezó a escribir su "Viaje por España" en la pequeña cuna verde de la Castilla marítima y montañosa para quedarse parado para siempre en los cálidos viñedos del sur, al borde del Atlántico, el gran mar español por donde él vino de América.



I. DE OCAÑA A PUERTO LAPICE



E ha tocado la suerte a Puerto Lápice, y por él le vamos a «entrar» a la Mancha, con todo el miedo y con todo el respeto que esta tierra militar, prioral, literaria y aristocrática imponen.

La Mancha tiene tal prestigio que todas las comarcas circunvecinas quieren ser llamadas manchegas. No pasa eso con otras tierras españolas. Por regla general, se llaman Mancha todos los territorios que fueron de las tres grandes Ordenes militares: la de Santiago, que da nombre a toda la Mesa de la Orden, donde Quintanar es hoy la población más importante, y que tiene su pila bautismal, sus papeles y su filiación en Uclés (lo cual alarga el concepto de Mancha a las provincias de Toledo y Cuenca); la de Calatrava, cuyo centro es hoy Almagro, y que tiene su cuna en la Calatrava Vieja, de la que apenas se advierten los restos, y su última ruina en Salvatierra, donde aún están en pie los muros del segundo castillo calatraveño; y la de San Juan, cuya

capital es todavía Alcázar, y que se extiende hasta los mismos muros de Villarrubia.

Vamos a ceñirnos (¡lindo talle para ceñirle!) a la Mancha, que hoy está comprendida en la provincia de Ciudad Real. Luego andaremos toda la inmensidad mediterránea, amojonada por esas bellísimas estilizaciones de la cruz que son las veneras de las órdenes militares de San Juan, Santiago y Calatrava.

Esta es una tierra tan cargada de literatura que requiere para ser gozada un proceso bastante fuerte de desintoxicación, que yo me he hecho a fuerza de no leer libros sobre la Mancha en una temporada. Naturalmente, yo no le llamo libro, así como así, al «Quijote». «Eso» es otra cosa. Por de pronto, es verdad, en tanto que los libros sobre la Mancha, incluso los escritos por manchegos, son mentira en el sentido en que a nosotros, lector, nos interesa la Mancha. Tú y yo estamos conociendo a España tal como es. No tal como se la imagina cualquier caballero.

Cervantes halló que la Mancha era una tierra llena de prados, de florestas, de alamedas y de sotos, de fuentes, de riu-señores, de cascadas, de lagos. Con todos estos elementos montó páginas inmortales pobladas de pastoras enamoradas y de doncellas dolientes. En el Quijote hay rumores de agua y um-brías frescas, y fiestas bucólicas.

Luego vinieron unos tristes señores cargados de melancolía y de buen lenguaje y nos descubrieron otra Mancha. Y ¡qué le vamos a hacer! La Mancha fue desde entonces una estepa polvorienta con unos pueblos en perpetua siesta al sol en que zumbaban las cigarras, y revoloteaban unas palomas frente a la ventana de la encalada celda donde discreteaban un cura, un literato sobrio y una dueña. Y si en un lebrillo de barro había unas amapolas, mejor que mejor. No digamos nada si además la puerta estaba pintada de un azul lavanda y se oía el doblar de las hojas del libro de rezos del cura.

Y yo, lector, que ya lo sospechaba, te juro que la Mancha no es eso. La Mancha es la de Cervantes, y lo vamos a ver tú y yo juntos. Yo ya lo he visto, pero te lo voy a contar. Y los manchegos son unas gentes de muchísima consideración y dignos de que España les arranque un poco su justificado escepticismo. Pero ya hablaremos.

Para llegar a Puerto Lápice hay que encaramarse en la rasa

de Ocaña, buena villa; la villa de don Rodrigo, acaso, don Rodrigo, el maestre, el que Jorge Manrique, con amor filial impecodero, lloró en sus coplas; la villa que fue, sin duda, de don Alonso de Cárdenas, último maestre de la Orden, que está enterrado en la iglesia de San Pedro.

Ocaña no es lo que a primera vista se cree, por culpa de ese siniestro bloque de altas tapias. En las ciudades españolas por las que pasa una carretera general hay que entrar. Y si entramos en Ocaña podremos rezar un «paternoster» por el alma de otro Alonso (que la Mancha en materia de Alonsos los da locos y cuerdos, pero buenos todos), Alonso de Ercilla, que está sepultado en el convento de carmelitas descalzas. De todo esto hay recuerdos y conmemoraciones bastante ruines. Pero las veremos peores en el curso del viaje.

Ocaña es como la charnela de las Ordenes. A su saliente se extiende la propia, la de Santiago (que es una Orden leonesa); a su mediodía se extiende San Juan, y a su poniente Calatrava (que es una Orden navarra). El agua que le sobra a la rasa de Ocaña se va por las grietas gredosas de la meseta hacia el mar de Ontígola, donde está embalsada desde el siglo XVI por el artificio de un guapo ingeniero lombardino, Juan Narduck, que se metió a fraile descalzo, eligió el nombre de fray Juan de la Misericordia, y retrató a Santa Teresa. Parece que el lombardo era mejor ingeniero que pintor, porque el mar de Ontígola sigue regando los jardines de Aranjuez y, en cambio, a Santa Teresa no le gustó ni pizca el retrato.

Sigamos, que se va poniendo el sol y vale la pena verle bruñir la silueta de La Guardia, villa encaramada, recortándose sobre unos cerros de una palidez argentina y un poco cadavérica. El pueblo se aparece con una elegancia irreal, y desde lejos es como una de esas ciudades que sirven para fondo de los cuadros de Patinir, del Perugino o de Bruegel. El recuerdo del Santo niño mártir todavía hiera. ¿Cómo se puede asesinar a un niño, y, además, asesinarle en un pueblo tan bonito? El paisaje se va humanizando con los bosques de olivos y con las viñas tiernas. A la derecha, la Sierra del Castañar, cárdena con el contrasol poniente, se va oscureciendo por segundos y el altiplano tiene una dignidad y una majestad que dan un poco de miedo.

Puerto Lápice es un puerto delicioso. Nada de pinos ni de robles, ni de árboles dramáticos. Aquí se lleva el árbol civi-



... una venta de verdad, la de Juana María...

lizado por excelencia. El olivo. Y el perro más bonito —y dicen que más tonto, como tantos bonitos—, que es el galgo. De la Venta en que Cervantes situó la primera aventura no queda absolutamente nada. «Los más viejos del lugar» recuerdan que iban a jugar a unas ventas medio derruidas ya entonces, y que las llamaban las Ventas de don Quijote. Allí hay ahora unas pobres casas de adobe. «De la Venta no quedan ni las paeres» —me dice una vieja, usando una trasposición y una elusión de consonantes muy común en la Mancha.

Nada más fácil que reconstruir una venta. Si en algo está justificado estéticamente el «pastiche», es en esta clase de construcciones rurales. No hubiera perdido nada nadie con hacer aquí una cosa de buen gusto. A falta de eso, una venta de verdad la de Juana María, pasa, con la complicidad de cierto ilustre académico, por ser la Venta cervantina. Menos mal que de la falsedad, si no la estética ni el confort, salen compensados el paladar y el oído. El paladar, con un blanquillo de la tinaja excelente, y el oído, con los ritmos laborales del taller de un carretero y con el delicioso castellano de la sobrina de Juana María.

Es la hora del **lupicán** (y no del «lubricán»). En el camino a Daimiel nos cruzamos con una pareja de la Guardia Civil a caballo. Parece una estampa lorquiana o de esas de los cuentos maravillosos de Manolo Halcón. Hay cosas que están hechas como las personas: las unas para las otras. A la Guardia Civil a caballo, un olivar bajo la luna, ¡qué caramba!, le va como ningún otro montaje.

Pero ¡qué barbaridad, compañero! ¿No estaremos soñando con locos en Puerto Lápice? Esa mujer va gritando que la devuelvan su vajilla de plata, que era la dote de su hija que ha nacido en París. Yo, lector, no tengo necesidad de inventarte historias. Conmigo estaba un caballero que oyó a la pobre serrana loca gritar su megalomanía con alaridos desgarradores. Tengo la cabeza cargada, compañero. No. No es el vino de Juana María. Aquí hay más «duende», compañero. Vámonos.

judío o hereje, que todos los nueve reales e infanzones Valles de donde la hidalguía castellana procede. Si Cervantes pudo magnificar la condición de Castellano del Norte al decir «es más hidalgo que un montañés», nosotros, los montañeses, decimos muy a menudo «es más hidalgo que un jerezano».

Y no estoy muy seguro del origen del gran caballero don Julián Pemartín, que llegó a Jerez cargado de centenes de oro, en la resaca de la pérdida del Imperio Español de América, defendido en Ayacucho hasta lo imposible por un jerezano: don José de la Serna, otro foramontano con apellido y solar en Castilla Marítima. Pero en la manera de arruinarse don Julián, en su preocupación porque doña María Cristina de Borbón le concediera carta de nobleza, en su amor a la cultura, tan vivamente transmitido a los hombres y mujeres de su casa, en su carácter aguileño, en el temple vivo de su muelle siempre dispuesto al disparo, no es difícil adivinar la presencia de los «genes» violentos y algo disparatados de una rama inquieta del tronco pirenaico.

Toda esta aportación se completa con afluentes laterales que hacen de Jerez un complejo norteño-andaluz en el que acaso está el secreto de la evidente y casi violenta diferenciación del jerezano con el resto de los andaluces. Esos afluentes laterales proceden de Asturias con los Riveros, de Vasconia con los Ibarra o de Galicia, donde tenía solar aquel Brillat Savarin español, gran escritor, hombre de infinitas curiosidades, don Mariano Pardo de Figueroa, que hizo famoso en toda Europa el seudónimo de **Doctor Thebussen**. El solo vale por todos los **gourmets** de que otras regiones de España presumen para decir luego, con más petulancia que verdad, que en Andalucía se come mal. El **Doctor Thebussen** fue, además de un polígrafo eminente, el codificador del gusto en España, y su historia de virtuoso de la mesa todavía arroja unas sombras de leyenda en los tratados de culinaria de los grandes «cordon bleu». En Europa perdura la tradición de aquel español bohemio y señorial que tan pronto asombraba como un príncipe a los «baronets» de la aristocracia del II Imperio como penetraba en las cocinas del Palacio de Oriente y organizaba una revolución de jefes y marmitones para demostrar que si él sabía comer como un rey sabía también hacer una comida para reyes. El legado de este prócer de

origen nórdico a Jerez es una de las mejores bibliotecas privadas de España.

En fin, señores, he de terminar porque no quiero prolongar una fiesta de juventud, que espera divertirse, con un ensayo, por grato que sea, sobre cosas pasadas.

Por si ellas os han abrumado, os dejaré el recuerdo grato de una leyenda cuya existencia seguramente ignora incluso el hombre que más sabe de Jerez, don José de las Cuevas, que porta un apellido muy infanzón de las montañas de Castilla. Como la leyenda es bella, romántica y lejana, os la cuento.

Oliva, con este dulce nombre de esclava mora, se llama una pequeña ciudad del Báltico. Está junto a Dantzig, la patria de Shopenhauer, donde había un convento de clarisas fundado por una española. Cuando yo estuve en Dantzig por primera vez, me quedé con la curiosidad de saber qué quería decir un letrado que sobre un tranvía eléctrico llevaba el bello nombre español de Oliva. Cuando en 1942 volví a Dantzig supe que Oliva era la última diócesis católica hacia oriente, una especie de Marca de los Caballeros Teutones sobre el territorio cismático ruso. Fui a Oliva y fui a la catedral, una catedral de piedra y ladrillo oscuro recortada sobre un bosque nibe-lúngico. Y vi al obispo. Y le pregunté por qué Oliva se llamaba así, y el obispo me contó esto: «Hace siglos un caballero español, de Jerez de la Frontera, vino a Dantzig. Venía con su esposa, que se llamaba doña Oliva, en viaje comercial. Había navegado en una polacra desde España y había entrado por el Vístula hasta el muelle de la Grúa. Un día salieron de casa por el roble del Puerto de los Godos. Doña Oliva cabalgaba en un caballo prusiano, bravo y rústico, que tropezó y derribó a su tierna señora. Ella se atravesó el corazón con una jabalina. El caballero de Jerez mandó levantar esta iglesia en honor de la Virgen de la Oliva. En torno suyo ha nacido esta ciudad».

¿Qué comercio llevaba al caballero de Jerez por el misterioso camino por el que miles de años antes, por los pálidos mares bálticos, navegó el vaso campaniforme de Tartessos? ¿En qué ara de qué Mercurio desconocido se sacrificó el corazón de la linda doña Oliva? ¿Fue el vaso de Tartessos con vino andaluz al Báltico? ¿Fue el caballero de doña Oliva a buscar duelas de roble germánico para curar los vinos de las albarizas jerezanas?

El vino de Jerez está lleno de prestigio legendario. En torno suyo han sonado las mejores liras del mundo y han crujido sobre ilustres vitelas las plumas más gloriosas. Hasta la literatura publicitaria, esa hija bastarda de las letras, ha adquirido en la pluma de un juglar burgalés, Luis Pérez Solero, para el vino de Jerez, una gracia digna, popular y culta al mismo tiempo, que ha elevado el tono del comercio del vino muy por encima del tono de cualquier comercio del mundo.

Hoy vosotros habéis dedicado esta fiesta, de la que es Reina una jerezana, a Inglaterra, la patria de Shakespeare que eligió al «sherry», al «sack», al vino fabuloso con que brindaban los príncipes, los tiranos, los almirantes y los corsarios, el vino embrujado que resucita a los muertos, el vino de los héroes y de los aventureros. El corazón de España se ha encerrado en una copa para rendir al genio universal del teatro y al país que le dio el linaje. Eso está bien.

El que se oyeran los cañonazos de Trafalgar desde Jerez sólo quiere decir que el viento soplabá del Sur, que no suele ser buen viento. Pero al fin y al cabo en Trafalgar luchaban caballeros por el honor y por el prestigio de sus banderas, ambas gloriosas. Son otros los cañonazos que cuando vienen de la Roca irredenta retumban opacamente, sordamente, en nuestro corazón. Ese corazón que cuando se viera libre, cuando no tuviera pesos, ni sombras ni ignominias, se sentiría en plena libertad para ofrecerse él mismo como copa alegre y brindar con vino de Jerez por la memoria de Shakespeare y por la patria de Shakespeare, grande como la de Cervantes, navegante como la de Lope (que luchó en la Armada y supo perder), civilizadora como la de Calderón, Imperial como la de Isabel. España quiere tener libre el corazón y la geografía de su suelo para poder alzar su brindis hasta las constelaciones en que están prescritas las glorias de Europa cristiana, glorias como aquella de los Arapiles, en que escribieron una página de oro soldados de Wellington y lanceros de don Julián Sánchez.

Y entonces, con el corazón y la geografía libres, y las copas y la conciencia transparentes como rayos de luna, cada una en posesión de lo que es suyo, no sólo el vino de Jerez, rey entre los reyes, sino al pobre pero hidalgo vino que los «jándalos» cuidan en mi prócer Castilla, ¡estáis convidado, capataz!

I N D I C E

	Págs.
LOS BLASONES DE VICTOR, por Eugenio Montes ...	7
NOTA DEL EDITOR	31
LA MANCHA.	
I. De Ocaña a Puerto Lápice	35
II. Color de los Ojos del Guadiana	41
III. La gran cisterna de La Mancha	47
IV. El «gauchaje» del Campo de Alba	53
V. Las siete hijas del rey	59
VI. Una codorniz que avisa a tiempo	65
VII. Santo Tomás y Quevedo en Infantes	71
VIII. Los bateleros del Guadiana	77
IX. Intermedio gastronómico a medio viaje.	83
X. El Valle Real de la Alcudia	89
XI. Campo de Calatrava	95
XII. El morillero de Almagro	101
XIII. La vía del calatraveño	107
XIV. Agrias y dulces aguas	113
LA MARINA DE ANDALUCIA.	
I. Sacrilegio en la Costa del Sol	123
II. Pomos de oro	129
III. La Hoya de Málaga	135
IV. Mijas, mirador para querubines	143
JEREZ, CIUDAD CASTELLANA.	
Jerez, ciudad castellana	151